

LA POLITICA DE LA HISTORIA DE PUERTO RICO

Gervasio Luis García

Ponencia presentada en el foro "Hacia un nuevo enfoque de la historia de Puerto Rico", celebrado en el Colegio Universitario de Cayey el 10 de abril de 1986.

Si les digo que los historiadores no existen, pensarán que se trata de una broma de conferenciante profesional que “quiere ganarnos con una sonrisa temprana”. Pero si les añado que no es chiste sino el parecer del redactor anónimo del manual de la Universidad de Puerto Rico para llenar la solicitud de admisión, entonces tal vez algunos ceños se fruncirán. Lean la lista de ocupaciones de padres de estudiantes que solicitan ingreso, sugerida por el manual, y encontrarán 147 oficios, entre los que figuran los de sicólogo, químico, albañil, mozo, modista, soldador, ascensorista, cantinero, lavandera y otros, menos el de historiador. Ignoro los criterios utilizados por el autor para diluir nuestra profesión pero sospecho que se trata de la creencia de que cualquiera es historiador si tiene buena memoria y sabe contar una “historia”. Por lo tanto, no amerita un lugar propio.

Mas, si por lo común los historiadores son entes indefinibles e imprecisables, la Historia, con mayúscula, es otra cosa. Encerrada casi siempre en grises y gruesos volúmenes, suele despertar gran respeto y admiración en algunos sectores y atrae la atención —a veces hasta el desvelo— de los gobiernos, interesados en recuperar el robusto pasado que valida el presente prometedor y anticipa el futuro refulgente. Así lo sugiere el reciente debate en torno al proyecto 530 del Senado de Puerto Rico que busca imponer la enseñanza del curso de historia de Puerto Rico, de un año de duración, en los tres niveles de las escuelas públicas del país.

El proyecto en sí no suscitó oposición pues muy pocos rechazan la inyección de dosis concentradas de historia nacional a nuestros desvalidos estudiantes, herederos de un sistema educativo extraviado. Sin embargo, fue el silencio del documento —es decir, el ignorado contenido de los cursos— lo que provocó genuinos temores y bochornosas broncas que ya son parte de una polémica mayor sobre las premisas y los enfoques de la investigación y la enseñanza de la historia de Puerto Rico.

Desgraciadamente, la discusión de perspectivas dispares, ejercicio medular del progreso humano en todos los órdenes, desemboca frecuentemente en lamentables porfías entre historiadores protegidos detrás de los escudos de la “nueva” y la “vieja” historia. En una sociedad donde el adjetivo “nuevo” se le endilga por igual a la olvidada “nueva” tesis del Partido Popular, la “nueva textura” de un papel sanitario o a la “nueva cocina” de pocas calorías, hablar de una nueva historia de Puerto Rico despierta sospechas, a veces fundadas pero también inventadas, principalmente en algunos historiadores de generaciones anteriores que resienten, con razón, el tono desafiante y olímpico de

varios trabajos innovadores, o temen, ahistóricamente, el derrumbe de versiones hasta hoy inexpugnables.

No empece la densa polvareda levantada por ese debate y los resentimientos sedimentados, es innegable que la historia escrita en los últimos tres lustros ha provocado la relectura de nuestro pasado y ha aclarado diversos problemas anteriormente intocados o estudiados con criterios toscos e insuficientes. Hoy conocemos mejor la evolución de los cultivos cafetaleros y azucareros y sus fases industriales, el desarrollo de las sociedades mercantiles, el alcance real del trabajo esclavo y servil, las incómodas relaciones entre patronos y asalariados, los orígenes de las primeras organizaciones de resistencia de los trabajadores urbanos y otros aspectos relevantes de la vida económica y social del siglo XIX, tan importantes para entender mejor nuestra historia contemporánea.

Estos grandes avances del conocimiento de la vida material contrastan con la cuota raquíca de investigaciones sobre la historia política del mismo tiempo histórico. ¿A qué razones responde ese desarrollo desigual? Obedece, primordialmente, a la decepción con la política, tal como ocurrió en Europa a raíz de la Primera Guerra Mundial. Los políticos europeos de entonces presidieron el desastre, empujaron a medio mundo al conflicto sangriento y fueron incapaces de prever y de salvar las repetidas depresiones económicas de la post-guerra. Así, la desilusión nutrió un profundo desprecio por los políticos y, de paso, de la historia política, acusada por Lucien Febvre de ocuparse sólo de “si tal Rey... había nacido en tal lugar, tal año, y en determinada región había conseguido una victoria decisiva sobre sus vecinos”.¹ En ese contexto arrancó vigorosamente la historia social y económica defendida por el mismo Febvre, Marc Bloch y otros.

En Puerto Rico, el desaliento producido en las últimas tres décadas por las campañas políticas vacuas y las decepcionantes ejecutorias de los diferentes gobiernos y de los partidos propios y ajenos, llevó a muchos a preguntarse si valía la pena hacer la historia política del país. Sobre todo, contribuyó a que algunos historiadores concluyeran que no ameritaba seguir haciéndola a la manera de Bolívar Pagán y Lidio Cruz Monclova, autores de colosales recopilaciones de nombres, fechas, proclamas y programas de partidos y de discusiones de líderes, reveladores de lo que creían los políticos pero no de los múltiples resortes que los movieron a actuar.

En contraste, los poderosos y estimulantes modelos de la escuela francesa de los *Annales* y de la historia “cuantitativa” norteamericana —así como el renovado interés por el marxismo— orientaron a muchos historiadores del patio hacia la historia económica y social. Afortunadamente, la práctica de

¹ Citado por Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Editorial Crítica, 1982, p. 203.

esta última preparó el camino de la historia política para su desarrollo ulterior sobre soportes más duraderos.

Al respecto surgieron algunos criterios generales que pueden servir de punto de partida para comenzar a explorar la historia política de Puerto Rico.

La precisión de las buenas intenciones

Es claro que las buenas intenciones sólo sirven, como decía Gide, para escribir malas obras de teatro. Es decir, analizar a los partidos únicamente por sus programas o por las colecciones completas de los discursos dorados de sus tribunos es tan desenfocado como juzgar al prójimo por lo que dice y no por lo que hace. Es cierto que las metas personales y los postulados políticos no se cumplen siempre al pie de la letra y que ello no es, necesariamente, señal de duplicidad o deshonestidad porque partimos siempre del conocimiento insuficiente de la realidad e intervienen factores imprevistos fuera del control del personaje histórico. Pero no es menos válido concluir que la tarea del historiador es contrastar el discurso y la acción para hacer el imprescindible balance de cuentas.

En ese ejercicio, cuando constatamos la repetida correspondencia entre la letra y el acto, estamos frente a un organismo y un proceso que no son fortuitos. Así lo demuestra, por ejemplo, la fidelidad del autonomismo puertorriqueño, desde el 1887 hasta el 1986, a sus primeras bases. En el programa que marcó la fundación del Partido Autonomista en marzo de 1887 se expresó su hilo conductor: descentralización administrativa y control de las "cuestiones locales" por los habitantes del país y delegación en la Metrópoli del "goce supremo de la soberanía", "entendiendo exclusivamente en todo lo relativo al ejército, marina y tribunales de justicia, representación diplomática y administración general del país..."² La independencia de la metrópoli sólo estuvo en la agenda imaginaria que le adosaron los opositores de entonces y de hoy. El infundio de que el Partido Autonomista "...combatía la integridad nacional, aspirando a establecer un Gobierno independiente del Gobierno central..." fue tildado por los autonomistas decimonónicos de "acusación injuriosa y gratuita", adjetivos que el autonomismo actual repite cuando lo acusan de jugar a la república y de colar la independencia por la cocina.³

En el proceso de tallar su personalidad política el autonomismo, y posteriormente el anexionismo, alimentaron la poderosa imagen de dos antagonistas atrincherados en polos opuestos, sin afinidades ideológicas ni virtudes

² Reece B. Bothwell González, *Puerto Rico: 100 años de lucha política*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 1979, 3 vols., I, p. 173.

³ *Ibid.*, p. 184.

compartidas. Sin embargo, la práctica ha demostrado que el granito de la dicotomía ideológica es cutáneo y agrietable pues a partir de sus comienzos han pisado el terreno común de la lealtad y la unión estrecha con las metrópolis.

Hoy el autonomismo y el anexionismo son inexplicables sin su relación con los Estados Unidos, que se mide por grados de aproximación y no por años-luz. Sin embargo, en sus refriegas diarias les importa mucho destacar más lo que los separa, subir los tonos del maquillaje, desleer los rasgos semejantes e ignorar lo que los une. Por eso, cuando a los anexionistas les preguntan por qué optarían si la estadidad es rechazada por el Congreso norteamericano, contestan invariablemente que prefieren la independencia. Y no porque sean cripto-independentistas sino porque creen que tanto la estadidad como la independencia son soluciones anti-coloniales, y, sobre todo, porque no están dispuestos a concederle a los autonomistas ni la hipotética posibilidad de coincidir con ellos en un futuro nebuloso.

De ahí también la reciente crítica de un legislador popular a los compañeros de partido que apoyaron el voto presidencial para los puertorriqueños con el argumento de que Luis Muñoz Marín y el Partido Popular Democrático lo suscribieron también en 1960. En sus propias palabras: "...incluir el tema del voto presidencial pudiera provocar la división y eventual desaparición del Partido Popular Democrático como partido autonomista, pues quedaría tácitamente fusionado con el Partido Nuevo Progresista".⁴

Sin embargo, el temor a la fusión no lo suscita el uso compartido de la moneda, el pasaporte y la bandera, la militancia en el mismo ejército y la muerte en idénticas guerras, la supeditación a un solo mercado ni la dependencia de los fondos federales. A estas alturas es evidente que los autonomistas y los anexionistas están más cerca de lo que imaginan aunque ostentan con orgullo y con indómita insistencia sus distintas pigmentaciones políticas. Carecemos de estudios profundos de la composición social de ambos partidos pero no es apresurado adelantar la conclusión de que en ellos impera la heterogeneidad social y convergen los banqueros y los endeudados, los capitalistas y los asalariados, los comerciantes grandes y pequeños y las capas medias casadas involuntariamente con la crisis urbana.

No hay política sin contexto.

Según Witold Kula "...la historia se halla determinada por una inmensa mayoría de fenómenos extra-políticos con un predominio por parte de los fenómenos económicos".⁵ En otras palabras, no hay política sin contexto

⁴ Severo Colberg, "Contra el voto presidencial", *El Nuevo Día*, 31 de marzo de 1986.

⁵ Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona, Ediciones Península, 1973, p. 57.

económico, social y cultural. A primera vista parece chocante rematar el problema con la idea de que para llegar a la explicación política tenemos que remitirnos a las realidades no políticas. Mas es necesario ubicar a los partidos en relación a la tradición y los marcos mentales, las clases sociales y la existencia material para precisar qué intereses representan. Y no para concluir únicamente que la política es un juego interesado sino para dar con las raíces que alimentan los diferentes proyectos políticos.

Los seres humanos no satisfacen sus necesidades de manera caprichosa sino a través de unas relaciones de producción con perfiles propios como los de la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. Pero la organización del trabajo humano está marcada por la desigualdad pues mientras unos producen, otros (dueños de las fuentes de riqueza) reciben, cuentan y disfrutan la mayor parte de los frutos. En los procesos productivos las clases se ubican en niveles dispares y desarrollan estilos de vida y metas contrastantes. Por ejemplo, dado que la visión de mundo de los esclavos y los esclavistas, de los cortadores de caña y los centralistas no caben en el mismo molde, toca al historiador definir sus compases disímiles y precisar la bifurcación de sus rutas.

En el caso de Puerto Rico la tarea no ha sido fácil porque coexistieron diversas clases sociales correspondientes a distintas estructuras de producción. Algunos historiadores, carentes de estudios profundos de sus mecanismos económicos y sociales, se aventuraron a definirlos con criterios zigzagueantes. Así, los criollos hacendados del momento de la invasión norteamericana del 98, han sido tildados de “burgueses” que “no habían cuajado aún una burguesía”, sin preguntarse si es posible formar burguesías con otros que no sean burgueses.⁶

Es precisamente este juicio vacilante, que oscila entre la debilidad y la inexistencia de la burguesía criolla, lo que lleva a otro politólogo a concluir que cuarenta años después esa burguesía fantasma todavía no había nacido en el momento de fundarse el Partido Popular Democrático. Al hablar de los padres del partido y de su programa de reivindicaciones señala que “...se trata de un proyecto que contaba con una clase que no existía o era muy débil: la burguesía nacional; es decir, con intereses propios y en conflicto con el capital extranjero”. Y añade: “El temprano abandono de estos proyectos gubernamentales implica, más que el fracaso económico de las empresas, el reconocimiento de que la ‘burguesía nacional’, o bien no existía, o bien no hacía suyo el proyecto del PPD”. Sin embargo, en otra parte del ensayo afirma que en torno al PPD se aglutinó “...una clase en formación —proveniente principalmente de la *pequeña burguesía no tradicional*...” Pero concluye, para añadir a

⁶ A.G. Quintero Rivera, “La clase obrera y el proceso político en Puerto Rico”, *Revista de Ciencias Sociales*, vol. XVIII, núms. 1-2 (marzo-junio, 1974), p. 183.

la confusión, que "...la fuerza social que dirigió el PPD no era una *clase* en sentido estricto: carecía de una relación clara y relativamente homogénea con los medios de producción".⁷

Detrás de este enredo hay una definición extraña de clase social, problema que no es exclusivo de Puerto Rico pues si aquí hablan de "burgueses sin burguesía", el escritor español Enrique Ruíz García ha proclamado que en gran parte de los países subdesarrollados existe una "burguesía sin burgueses".⁸ Es obvio que para los tres autores citados los propietarios tropicales autóctonos de fines del XIX y del corriente siglo no cumplen todos los requisitos del término burguesía. La clasificación les resulta incómoda porque no es idéntica a la burguesía de los países desarrollados, en vista de su debilidad y su vulnerabilidad a las decisiones y las presiones de la primera.

Ahora bien, en la historia, como en las demás ciencias, no comparamos únicamente realidades idénticas, conforme a definiciones rígidas de fenómenos homogéneos. Por el contrario, perseguimos y contrastamos acciones, sistemas y estructuras semejantes y contradictorias. Por ejemplo, todos los matices de la economía norteamericana no encajan en la definición clásica de capitalismo acuñada por Adam Smith en el siglo XVIII pero no por eso es menos capitalista. De la misma forma, las clases propietarias puertorriqueñas y latinoamericanas no tienen la fuerza económica y política para resistir los dictados de los productores y compradores extranjeros pero aún inermes y plegadizas no dejan de ser clases propietarias criollas —esclavistas, feudales o burguesas. Es decir, su nacionalismo flaco y su estrecho radio de acción no les niega su existencia real.

Por lo tanto, la definición tradicional de clase social que sitúa a los individuos en relación a los medios de producción (tierras e industrias) y a esferas afines (comercio y banca) es un provechoso punto de partida. No es suficiente pero sirve para emprender la designación inicial del perfil de los grupos sociales.

Estas sugerencias son unos tímidos pasos iniciales de un largo trecho que exigirá además, entre otras cosas:

- a) el estudio de las mentalidades colectivas,
- b) la definición del pueblo: sus ocupaciones, aspiraciones y angustias,
- c) mostrar cómo se politizan las clases y los individuos
- d) precisar cómo se traducen los descontentos comunes en programas políticos y en acciones concretas,
- e) rastrear el papel del estado y sus instituciones.⁹

⁷ Emilio González, "Muñoz, el populismo y el ELA", *Claridad*, 25-31 de julio de 1980.

⁸ Enrique Ruíz García, *Subdesarrollo y liberación*. Madrid, Alianza Editorial, 1973, pp. 42-43.

⁹ Este programa es sugerido por Josep Fontana en *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. 2da. ed. revisada, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, pp. 6-7.



JUANES CASTRO RIMS

UNA DE LAS NOTICIAS
LA PRIMERA DEL AÑO
COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE

CONVENCION DE LA UNION
LA PRIMERA DEL AÑO
COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE

VIGENTE RUMOROS Y METEOROS

COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE



JUANES CASTRO RIMS

UNA DE LAS NOTICIAS
LA PRIMERA DEL AÑO
COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE

CONVENCION DE LA UNION
LA PRIMERA DEL AÑO
COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE

VIGENTE RUMOROS Y METEOROS

COMUNICACIONES
DE LOS ESTADOS UNIDOS
LA REPUBLICA DE CUBA
DEPORTE LOS ESTADUNIDENSES
LA ECONOMIA CUBANA
LA UNICA COMUNICACION
DE LOS DIAS DEL TRAMITE



Jesús Cardona, Reportaje, 1979.

En el pasado, la intención de estudiar éstos y otros aspectos de la historia política ha detonado el temor de que el resultado sea una historia distorsionada, cargada de prejuicios y pasiones turbias. En consecuencia, se esquivo la historia política o se hace neutra, gélida, desteñida. Ahora bien, la historia no puede regirse por los cánones de las barberías antiguas que pedían a los parroquianos no hablar de religión y de política para evitar discordias exaltadas.

Tampoco podemos seguir alimentando el mito del historiador imparcial porque sería asignarle a la historia un papel decorativo y al historiador el de un indiferente ilustrado. El oficio de historiador no conlleva la renuncia de la pasión y el compromiso con lo que considera justo y humano. Por ejemplo, el historiador no puede ser ecuánime ante el genocidio de los indígenas perpetrado por los conquistadores españoles en Puerto Rico. Por eso es inaceptable el juicio de la Sociedad de Historia de Puerto Rico que en 1913 concluyó que: "En la conquista no se registran hechos de crueldad. Por el contrario, son los colonizadores las primeras víctimas... No obstante, la guerra no toma carácter de represalias. Se vence, se subyuga a los rebeldes y se les da la vida. No se les persigue..."¹⁰ Estas palabras son un pobre consuelo para los centenares de miles de taínos muertos en la colonización del país y además falsean la realidad revelada por los documentos.

Las simpatías del historiador por los esclavos del siglo XIX y su desprecio de la esclavitud no son incompatibles con la historia auténtica y veraz. Lo que garantiza la versión certera del pasado no es la imparcialidad sino la actitud crítica ante los hechos y los procesos. A veces la admiración por una causa o una clase torna al historiador más sensible a sus extravíos e injusticias y lo menos que puede hacer es señalarlo y desmontar los mecanismos que las producen. Al efecto, sugiero la lectura de la biografía de León Trotsky escrita por Isaac Deutscher. Nadie simpatizó más con Trotsky que Deutscher y sin embargo fue su crítico más exigente al mostrar que el ilustre revolucionario cavó su propia tumba en la lucha con José Stalin.¹¹ La recomiendo con insistencia porque estamos acostumbrados a las biografías incondicionales de los grandes personajes, muy parecidas a vidas de santos, pero sus autores olvidan que, por lo general, antes de ser santos fueron grandes pecadores. De ahí el mérito de su santidad; de lo contrario no tiene gracia ser héroe o patriota desde el instante de la gestación, sin vacilaciones hasta la muerte en aras del ideal.

¹⁰ Citado por Vicente Murga Sanz, *Juan Ponce de León. Fundador y primer gobernador del pueblo puertorriqueño, descubridor de la Florida y del Estrecho de Bahamas*. San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1959, p. 16.

¹¹ Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta desarmado (1921-1929)*. 4ta. ed., México, Ediciones ERA, 1976.

Por otra parte, es común también el miedo a que la historia se desnaturaliza cuando se escribe en función de preocupaciones presentes y futuras. Así, un prominente historiador puertorriqueño, el más fértil y sobresaliente de su generación, al reseñar el libro que escribí junto a Angel Quintero Rivera sobre la historia del movimiento obrero puertorriqueño, reprocha nuestro deseo de que "...a partir del conocimiento de la mejor tradición de lucha del proletariado puertorriqueño...", el libro ayude a "...replantear las actuales premisas sindicales y las perspectivas futuras de nuestra clase trabajadora". Y como si las intenciones declaradas de los autores no fueran suficientes, el distinguido profesor le advierte al lector desprevenido que "...recuerde que este pequeño libro está escrito para adelantar esa causa" [de la independencia y el socialismo].¹² Este no es el lugar para defender la legitimidad del libro ni para reconocer sus insuficiencias reales pero destaco la advertencia del conocido historiador como ejemplo del recelo que despierta la historia precedida de intenciones explícitas en sintonía con la ideología y la cosmovisión del autor y, sobre todo, con la esperanza de una sociedad más solidaria y racional.

En primer lugar, la historia responde a necesidades y anhelos presentes. Cumple una función útil y vital, pero no ornamental, en la medida en que ayuda a conocer mejor a los seres humanos actuales, a detectar y desenterrar los móviles conscientes o inconscientes de sus acciones y a prever el rumbo futuro de la sociedad. Esta tarea no la puede hacer cabalmente el que no escucha los ruidos de la calle ni siente responsabilidad hacia los demás. Volver la vista al pasado para recrearnos y entretenernos puede dar placer íntimo e individual pero no contesta las grandes interrogantes que nos llevan a buscar explicaciones de nuestra existencia social y nuestro destino común.

Por eso, cuando Salvador Brau escribió sobre las clases jornaleras del siglo XIX no buscaba el gozo estético sino cuajar un diagnóstico de los males de la economía y la sociedad de la época y sugerir unas soluciones de vigencia inmediata y de largo aliento. Igualmente, dedicó a sus nietos su libro sobre la colonización española en Puerto Rico con el deseo expreso de que "...sepan de donde vienen y no lleguen desprevenidos a donde van". Para Brau la historia no era laca cultural para revestir mentes opacas sino conocimiento imprescindible para entender y sostener la lucha por la existencia.

La juventud a quien Brau destinó su libro debía comprender que recorría

...el camino que comenzaron obreros que ya no existen y que habrán de continuar otros que están por nacer, cumpliéndose en ello la ley de solidaridad social que encadena todo el proceso civilizador. Será entonces, cuando las soñadoras vehemencias juveniles se transformen en descarnada realidad,

¹² Arturo Morales Carrión, reseña de *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño* en *Hispanic American Historical Review*, vol. 63, núm. 3 (August 1983), pp. 615-616.

que la imaginación, retrocediendo hacia el pasado, buscará en los cimientos de la obra colectiva la clave del obstáculo que contuvo o redujo la faena ulterior.¹³

A partir de inquietudes presentes —en una sociedad agobiada por el desempleo, los propietarios absentistas y la inferioridad política— Brau apeló al pasado para conjurar la visión perturbada del futuro incierto.

En conclusión, deseo recordar tres puntos mencionados antes:

1. La historia debe ser objetiva pero no imparcial. El historiador tiene que tomar partido, preferiblemente con los que sufren la injusticia y la desigualdad, en actitud crítica, sin truncar ni acomodar la evidencia a sus móviles personales. El deseo de hacer de Pedro Albizu Campos un socialista —intentado hace varios años— mediante la poda de fuentes primarias, es ajeno al oficio del historiador;¹⁴ tan lamentable como el empeño de transformar a Juan Ponce de León en víctima de los indios en vez de victimario.

2. La ubicación de los partidos políticos en la compleja estructura de clases es muy útil para: a) precisar las correlaciones entre las ideologías y la vida social, económica y cultural, y b) medir el alcance y la dirección de las clases en pugna. Si alguien se hace cruces y les advierte que eso suena a marxismo, contéstenle que Marx "...es demasiado importante para dejárselo a los marxistas".¹⁵

3. La tarea de la historia política es mostrar que "...en las luchas históricas hay que distinguir... entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son".¹⁶ En fin, el estudio de nuestros partidos políticos no debe fachearlos sino explicarlos, mostrar la realidad detrás de los símbolos y las metáforas que a veces adquieren vida propia y nos llevan equivocadamente al análisis de la política por lo político y no a través de un contexto complejo, más rico y provechoso.

¹³ Salvador Brau, *La colonización de Puerto Rico*, 4ta. edición, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, p. 13.

¹⁴ Georg Fromm, "Historia-ficción de Benjamín Torres", *Claridad* (27 de mayo-3 de junio de 1977).

¹⁵ SS. Praner, *Karl Marx and World Literature*, citado por Melvin Rader, *Marx's Interpretation of History*. New York, Oxford University Press, 1979, p. VI.

¹⁶ Carlos Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú, Editorial Progreso, s.f., p. 35.